

mundo. ¿Desea V. una contraprueba de lo que acabo de decir? Hela aquí: los que no son humildes buscan la alabanza; y ¿sabe V. lo que se adquieren, tan pronto como se trasluce su afán? El ridículo y la burla. Cuando deseamos parecer bien á los ojos del mundo, si no somos humildes en realidad, lo aparentamos; porque en lo exterior damos á entender que no hacemos caso de la alabanza, y si se nos tributa, la resistimos diciendo que es inmerecida. Vea V., mi estimado amigo, cuán sabia, cuán noble, cuán sublime es la religión cristiana, pues en la virtud que tanto abatimiento parece traer consigo, está encerrado el secreto de adquirir gloria sólida aun entre los hombres: éstos la ofrecen gustosos á quien la merece y no la busca; pero desprecian y ridiculizan al que la solicita. Tanta es la fuerza de las cosas que la misma soberbia para saciar su sed de gloria se ve precisada á negarse á sí misma, á cubrirse con el manto de la humildad; así se verifica aun en la tierra aquella sentencia de la Sagrada Escritura: «Quien se exalta será humillado, y quien se humilla será exaltado.»

Basta por hoy de humildad; creo que con lo dicho hasta aquí se quedará V. bien convencido de que para ser verdaderamente humilde conforme al espíritu de la religión cristiana, no necesita V. ni andarse haciendo el loco por las calles, ni creer que es digno de ser llevado á presidio ó al cadalso, ni tampoco que no tiene más conocimientos de ciencias y literatura que el que no sabe deletrear. Si alguna vez encuentra V. en las vidas de los Santos algún hecho que no puede V. explicar por las reglas arriba establecidas, recuerde V. que nosotros no tenemos inconveniente en decir que hay cosas que son más bien para admiradas que para imitadas; y además, no quiera V. juzgar por consideraciones mundanas, lo que marcha por caminos desconocidos al común de los mortales. Esto es lo que nosotros llamamos misterios y prodigios de la gracia, y que Vds. los filósofos apellidarán exaltación y exageración del sentimiento religioso. Entre tanto espera ocasiones de complacerle á V. este su afectísimo y S. S.—*J. B.*

EL SOCIALISMO.

ARTÍCULO 5.º

LA UTOPIA DE TOMÁS MORO.

Entre los filósofos que se han distinguido en la Europa moderna por sus ideas reformadoras de la sociedad, figura un nombre ilustre en los anales de la Iglesia y en los fastos del humano linaje; ya que ilustres son en todos tiempos y países la sabiduría, la virtud y el heroísmo. Hablamos de Tomás Moro, de ese gran canciller de Inglaterra que selló con su sangre generosa su adhesión á la fe, y que se atrevió á resistir á la tiranía de Enrique VIII anteponiendo los deberes de su conciencia á su fortuna, á los atractivos de su alta categoría y á su propia existencia. Quien marcha impávido al cadalso por no hacer traición á la causa de Dios; quien obedece primero á éste que á los hombres, ofreciendo su vida en un patíbulo, si al mismo tiempo ha hablado sobre la sociedad manifestando ideas nuevas, planes de reforma que afectarían profundamente los sistemas actuales, y mucho más hubieran afectado los que regían en su tiempo, bien merece que nos ocupemos de lo que dijo y de lo que pensó, supuesto que á un hombre de esta clase debemos considerarle como profundamente instruido en la ciencia de la religión, é incapaz de ponerse en desacuerdo con las doctrinas de la Iglesia.

Importa tanto más el examinar las ideas de Tomás Moro cuanto que los enemigos de la verdad podrían aprovecharse de su nombre para dar á entender que condenando las

doctrinas de algunos innovadores, condenamos también las de uno de los ornamentos más brillantes de la Iglesia católica.

Creemos poder demostrar que las opiniones de Tomás Moro nada tienen de común con las de Saint-Simon, Fourier ó Owen, y que si bien habría mucho que decir sobre algunos pasajes de su obra, se conoce no obstante que aun cuando supone que prescinde de la religión cristiana, no perdía de vista la luz que de ella podía recibir en la resolución de los intrincados problemas que se le iban ofreciendo.

La publicación de la famosa *Utopía* de Tomás Moro á principios del siglo xvi, es un fenómeno que indica á las claras el movimiento de los espíritus en dicha época; y que demuestra cuán falsamente han afirmado los protestantes y los incrédulos, que sin la revolución religiosa promovida por Lutero el entendimiento humano hubiera permanecido en las tinieblas y en la esclavitud. En este notabilísimo escrito se echan de ver miras tan elevadas, sentimientos tan generosos, tal deseo de mejorar la suerte del humano linaje, que es asombroso el que un hombre de aquellos tiempos viera con tanta claridad los altos problemas sociales y se arroja á emitir sus ideas con tanta libertad.

Ya desde entonces condenaba el ilustre canciller en sus escritos, así la vagancia como el exceso del trabajo á que están alternativamente sujetos los pobres de nuestro tiempo. Está á cargo de los magistrados sifograntos, decía, cuidar y reconocer que no haya vagabundos, sino que cada uno esté cuidadosamente ocupado en su ministerio. No comienzan su labor muy de mañana, ni trabajan continuamente hasta muy entrada la noche, ni se fatigan con incesante molestia como las bestias, porque es infelicidad más que de esclavos la de los que perpetuamente han de estar trabajando, como sucede á los que viven fuera de Utopia.

Señalaba como uno de los medios más á propósito para aumentar la riqueza, y tener la abundancia de todas las

cosas para las necesidades y comodidades de la vida, el que no hubiese en la sociedad muchos brazos improductivos que consumiesen el fruto del trabajo de los laboriosos. Quejábase de que casi todas las mujeres y otras muchas clases permaneciesen en la ociosidad, y de que fuera tan reducido el número de los que se ocupaban en la producción de las cosas necesarias, añadiendo, que si los que se emplean en artes inútiles y los holgazanes que pasan sus días en el ocio y en la flojedad, se ocuparan en obras de provecho, poco tiempo bastara para abundar de todas las cosas necesarias á la subsistencia y al regalo. «En otras repúblicas, decía, aunque sean prósperas y florecientes y nadie tema morir de hambre, procuran no obstante más sus comodidades particulares que la conveniencia pública.»

.....
«¿Atreveráse alguno á comparar la equidad de otra gente con la igualdad de la república de Utopia? ¿Qué justicia es esa que un noble ó un plebeyo usurero, ú otro que ó no se emplea en nada, ó cuyos servicios son poco necesarios, se adquiera con la ociosidad el vivir con esplendor y regalo, y un esclavo, un hombre del campo, ó un oficial que trabajando de día y de noche con tal fatiga que no pudiera tolerarla un bruto, gane escasamente el alimento que se proporcionan con menos incomodidad los animales, que ni andan tan cansados, ni los atormenta el temor de que pueda faltarles lo que necesitan? Al infeliz jornalero lo escaso de su trabajo y el recuerdo de que ha de pasar la vejez en la pobreza le aguijonea y aflige: el salario es tan tenue que apenas le basta para el sustento, y así no le es posible ahorrar algún caudal que le ayude á pasar días menos desgraciados, cuando la ancianidad haya quebrantado sus fuerzas. ¿Por ventura no es ingrata é injusta aquella república que desperdicia grandes dádivas y caudales en los que se llaman nobles, en los artifices de cosas vanas, en los bufones, en los inventores de deleites superfluos y en otros objetos por este tenor, no mirando

con la debida benignidad y solicitud á los agricultores y artesanos, sin los cuales no puede conservarse la república? Desagradecida, abusa de los trabajos que pudieran serle de provecho, olvidando los afanes que á sus autores costaran; y sin acordarse de tamaño beneficio, cuando éstos se hallan en necesidad, después de haber pasado largos años con graves enfermedades, los recompensa dejándoles morir en extrema pobreza. Y ¿qué diremos de los ricos que se quedan con el salario de los pobres, no solamente con violación y engaño, sino también con el pretexto de las leyes? Así, lo que antes parecía injusto, como era el no retribuir á los que habían hecho algún bien y servicio á la república, se excusa con el establecimiento de leyes nuevas, disfrazando con el nombre de justicia la ingratitud y la perversidad. Estas invenciones de los ricos, so color del bien público se convierten en leyes, los hombres dañinos se reparten entre ellos con insaciable codicia las cosas que debían proveer á la subsistencia de todos.»

«Revolved en vuestro ánimo lo que sucede en un año estéril en que millares de personas mueren de hambre: llanamente me atreveré á afirmar, que si al fin de aquella carestía se manifestasen los graneros de los ricos se hallaría tanto trigo que, repartido entre los infelices, ni uno solo hubiera perecido de necesidad. Fácilmente pudiera haberse proveído al sustento de todos, si el dinero inventado para nuestro bien no hubiese servido á estorbar el remedio de los males. No me cabe duda de que también los ricos sienten y entienden así estas cosas, y que no ignoran cuánto mejor fuera la condición en que no se careciese de nada necesario, librándose de innumerables daños, que no el vivir ellos con riquezas tan abundantes y muchas superfluas. Yo tengo por cierto que el respeto debido á la autoridad de Jesucristo, el cual con su sabiduría y bondad pudo aconsejar aquello que era mejor, hubiera sometido el mundo á estas leyes, si no se hubiera opuesto la soberbia que no estima en tanto los bienes pro-

prios como los ajenos deleitándose en afligir á los pobres.»

«Esta quisiera ser tenida por diosa, aun cuando no hubiese miserables en el mundo á quienes pudiera mandar, y de quienes pudiera triunfar resplandeciendo con las desdichas ajenas, y haciendo alarde de su poder y riquezas, con lo cual aflige y aumenta la miseria y la necesidad.»

Por lo tocante á la organización de su república vamos á dar una idea á los lectores, que sin duda se complacerán en las miras grandiosas, y sentimientos apacibles de aquella alma tan hermosa y elevada. Mas no esperen encontrar aquí los proyectos inmorales de Saint Simon, Fourrier ó Owen; muy al contrario el insigne canceller, al paso que se proponía presentar el bosquejo de una nueva república en nada parecida á las existentes, respetaba sin embargo los eternos principios de la moral; y lejos de soltar la rienda á las pasiones, y de esparcir la semilla de todos los vicios como lo han hecho los innovadores de nuestros tiempos, sólo trataba de hacer más felices á los hombres refrenando sus malas inclinaciones y llevándolos por el camino de la virtud.

En la isla de Utopia tiene cincuenta y cuatro ciudades, todas iguales en idioma, leyes é instituciones, y construidas bajo un mismo plan. Las más cercanas están á veinticuatro mil pasos; pero ninguna tan apartada de las otras que un peón no pudiese andar el camino en una jornada. La capital se llama Amauroto, está sentada en medio de la isla, y á ella concurren cada año tres ciudadanos expertos y ancianos de las ciudades subalternas.

Ninguna ciudad tiene de término más de veinte mil pasos en contorno, excepto las que están más desviadas, eligiéndolo así la situación en que se encuentran con respecto á otras. Los labradores se consideran más bien como usufructuarios que como señores de las tierras. Cada familia rústica consta á lo menos de cuarenta personas á quienes se les señala un padre y madre de familia de ade-

lantada edad y costumbres venerables: formándose con cada treinta cortijos una especie de distrito que tiene designado su jefe.

Los ciudadanos salen sucesivamente al campo para ocuparse de la labranza, y cada año vuelven á la ciudad veinte individuos de cada una de las familias agrícolas, después de haber residido dos años en las alquerías. Mas no queda por esto ningún vacío, porque salen otros tantos de la ciudad para reemplazarlos. Así logran que nadie ignore el arte de labrar los campos, que todos se acostumbren á la fatiga de estos trabajos, dejando al propio tiempo en libertad de continuar dedicados á la agricultura á los que gusten de ella. Todos los instrumentos de labranza los suministra el magistrado de la ciudad, sin que le cuesten nada al que los recibe. Y es de notar que en llegando el tiempo de la siega los directores de la labranza avisan á los magistrados del número de brazos que se han menester, los que saliendo de la ciudad un día sereno, dan cima á la faena en pocas horas, poniendo el grano á cubierto de todo contratiempo.

Todos los años eligen un magistrado para cada treinta familias; en su lengua antigua le llamaron Sifogranto, y en la moderna Filarco. Estos filarcos están sometidos de diez en diez á otro magistrado superior, que antiguamente apellidaban Tranivoro, y ahora Protofilarco. Los sifograntos son en número de doscientos, y prestan juramento de que elegirán en votación secreta por príncipe á uno de cuatro que propusiere el pueblo, y al que ellos juzgaren más conveniente. La dignidad de príncipe es vitalicia, á menos que no venga en sospecha de que quiere tiranizar el Estado. Los tranivoros consultan con el príncipe cada tres días, á no ocurrir algún negocio que exija se junten con más frecuencia, y no toman ninguna determinación sin que la hayan discutido tres días antes: á veces se tratan también los negocios en las juntas generales de toda la isla.

Es costumbre en el senado el no entablar discusión so-

bre un asunto el primer día que se le propone; evitándose de esta manera el que cada cual se arroje á decir inconsideradamente lo primero que se le ocurre, y que después se obstine en defender su dictamen, más bien por vergüenza de abandonarlo, que por miras de utilidad pública.

No se permiten juegos de dados, y sólo usan dos muy parecidos al ajedrez; el uno es una batalla en que los de una parte despojan á los de la opuesta, y el otro tiene un objeto altamente moral, pues que es una especie de escuadrón en que los vicios pelean contra las virtudes, y se opone cada vicio á la virtud correspondiente, trabándose entre los dos la lucha, y manifestándose en los medios que emplean lo que da en realidad el triunfo á la virtud sobre el vicio y los ardides con que aquélla se defiende de los ataques de éste.

Las ciudades se componen de familias, los hijos y los nietos viven bajo el gobierno y obediencia del más anciano, á no ser que la mucha edad le haya enflaquecido la razón, que en tal caso le sucede el inmediato. Si alguna familia está falta de individuos, se los prestan las otras. Cuando la población se multiplica demasiado, envían el sobrante á otras ciudades donde escasee; y si toda la isla rebosa de gente fundan colonias en las tierras inmediatas.

Cada ciudad se divide en cuatro cuarteles, y en medio de cada uno de éstos hay una plaza donde se hallan todos los productos de la tierra y de las artes. Todo padre de familias se lleva lo que necesita para sí y los suyos, sin dar dinero ni otra recompensa. Las reses muertas las ponen en lugar donde se puedan lavar bien: y es notable que no permiten que ningún ciudadano se ocupe en degollar, desollar ni cortar, porque temen que con esta costumbre no se vuelvan crueles é inhumanos, perdiéndose poco á poco el horror á estos actos, que siempre encierran algo de atroz y repugnante. Así es que sólo los esclavos están encargados de estas ocupaciones.

Los ciudadanos tienen mesa común, y es curioso el sistema que se sigue en estos banquetes. Cada barrio tiene

unas salas públicas donde moran los sifograntos, y á cada uno de éstos se le señalan treinta familias, acomodándose quince de ellas á cada lado de la mesa. A horas señaladas los dispenseros acuden á la plaza para proveerse de lo necesario, bien que es preciso que aguarden á que el dispensero del hospital haya tomado lo que haya menester para las necesidades y regalo de los enfermos.

En cada ciudad hay cuatro hospitales públicos; están á las inmediaciones de ella, pero fuera de las murallas; son tan grandes, que al verlos cualquiera diría que el edificio es un pueblo. La buena disposición de las salas, la abundante provisión de todo lo necesario, la solicitud y caridad del servicio, la asistencia de médicos doctos, en una palabra, la reunión de cuantas circunstancias se pueden desear, hace que los enfermos quieran más pasar á ellos que no continuar en su propia casa.

En llegando la hora de comer ó de cenar las familias son llamadas á son de trompeta; y si algunos quieren llevarse alguna refacción de la plaza á su casa, nadie se lo prohíbe porque conceptúan que quien lo hace es porque lo necesita.

La asistencia en las comidas públicas no es obligatoria, pero nadie se excusa de acudir: porque consideran que es cosa indecente el comer aparte, y además porque en las salas comunes que llaman tinelos, encuentran manjares tan abundantes y regalados, que difícilmente los podrían disfrutar en sus casas. Durante la comida se lee un breve rato algún escrito moral; pero teniendo el cuidado de que no llegue á causar fastidio. Después de la lectura los ancianos suscitan conversaciones agradables, y procuran que hablen los mancebos, para que abriéndose éstos más francamente con la libertad de la mesa, se eche de ver cuáles son su índole y disposiciones. No se crea sin embargo que sea permitida la licencia, antes al contrario, están tomadas todas las precauciones para evitar los excesos. En la mesa principal situada á la cabecera de la sala está el sifogranto con su mujer, á su intermediación dos de

los más ancianos, y van siguiendo mezclados los de diferentes edades, de suerte que los mozos no puedan decir ni hacer cosa que no lo vea alguno de edad provecta; lográndose de esta manera que el respeto y autoridad de los mayores evite los excesos á que podrían entregarse los jóvenes, si no tuviesen testigos que pusieran coto á su fogaosidad y destemplanza.

Cuidan de tal manera que la sed del oro no corrompa los corazones, que han procurado hacer que cayera en desprecio este metal, así como la plata, con la extrañeza de fabricar de barro y vidrio las vajillas, y destinando los metales preciosos á los usos más inmundos. De oro y de plata labran los grillos y cadenas para prisión y castigo de los esclavos. Los zarcillos de las orejas, los anillos y cabestrillos de oro son marcas de ignominia.

En cuanto á los diamantes, carbunclos y todo linaje de perlas, sólo los hacen servir para engalanar á los niños; pero en llegando éstos á mayor edad, se avergüenzan de esas preciosidades, y las dejan como juguetes impropios. Así es que cuando los embajadores de Anemolio fueron allá recamados de oro, adornados de sortijas y cadenas de gran precio, los utopianos los miraban como esclavos, y los niños al verlos pasar tocaban á sus madres y les decían: «madre, madre, ved ese simple que usa perlas y joyas como si fuera niño.» Los embajadores llegaron al fin á conocer la extrañeza que causaban á los utopianos y dejaron su primitivo engreimiento. «Maravillábanse los de Utopia, dice aquí Tomás Moro con notable dignidad, que hubiese algún hombre cuerdo á quien entretenga el deleite del vano resplandor de una piedrecilla, pudiendo mirar la hermosura y belleza de los astros, y sobre todo del sol; de que hubiese hombre tan vano que se imaginase más noble porque viste de paño más delgado y costoso, cuando es cierto que la más delgada lana tuvo su principio y se crió en la oveja: también se maravillaban que en todas partes se haga tanta estimación de cosa tan inútil como de su naturaleza es el oro, y de que le aprecien hasta tal

punto que el mismo hombre á cuyo servicio está destinado el metal, sea estimado en menos que él, de suerte que hay persona tan pesada como el plomo, y que no tiene más sentido que un tronco, que á la necedad reúne la maldad, y sin embargo tiene por esclavos á otros sabios y honrados, sólo porque á él le cupo en suerte el tener gran cantidad de escudos.... A más de esto se maravillan y abominan de la locura de aquellos que á los que conocen ricos, aun cuando no les deban nada, ni estén ligados con ellos por ninguna obligación, sólo por ser ricos los honran tanto que no falta sino que los veneren como á dioses; y esto conociéndolos tan escasos, miserables y avarientos, hasta saber con certeza que de tan grandes tesoros no les han de socorrer con un maravedí.» — J. B.

EL SOCIALISMO.

ARTÍCULO 6.º

LA UTOPIA DE TOMÁS MORO.

(Conclusión.)

No hace consistir Tomás Moro la felicidad del hombre en la satisfacción de las pasiones, como lo han hecho los novadores irreligiosos; no prescinde de la inmortalidad del alma y de los premios y castigos que le están reservados en la otra vida: explicando los principios de la filosofía moral entre los utopianos, afirma que los fundamentos de ella son que el alma es inmortal, nacida por la bondad de Dios para ser feliz, y que á la virtud y al vicio les está reservado el premio ó el castigo. Combate con mucha solidez el principio que pretende afianzar la moral

sin ningún freno por lo que se espera ó teme después de esta vida, diciendo: Seguir las dificultades y asperezas de la virtud, no sólo huyendo de lo suave de la vida sino voluntariamente abrazando y sufriendo pesares, cuando de ello no se espera ningún fruto, afirman los utopianos ser locura; porque si después de acabada la vida no se consigue premio, ¿de qué sirve haberla pasado miserablemente?

Definen la virtud diciendo que consiste en vivir según la ley natural, y que para sólo esto fuimos criados por Dios, siguiendo el verdadero camino aquel que conforma sus apetitos á la razón. Finalmente enseñan que esta misma razón inflama á los hombres en el amor y veneración de Dios, á quien somos deudores del ser que tenemos, y de que seamos capaces de alcanzar la dicha.

Se ha inculcado al autor de la Utopía por haber presentado á su isla imaginaria poseyendo esclavos, extrañándose algunos de que no desterrase este uso tan poco conforme con la suavidad de costumbres que se proponía retratar; mayormente cuando en su tiempo ya el cristianismo había llevado las cosas á tal punto que en casi toda la Europa se había efectuado la emancipación, y se mejoraba señaladamente el sistema feudal. No obstante, si se lee con reflexión el capítulo donde el ilustre canciller trata de los esclavos, se verá, que así en cuanto al origen de ellos, como por lo tocante al modo de tratarlos, la esclavitud en la isla de Utopía es de tal clase que apenas desdora el país en que se halla establecida.

En primer lugar dice que los utopianos no reducen á la esclavitud á los prisioneros de guerra, ni aun á aquellos que la comenzaron. Ese estado degradante tampoco se transmite en Utopía de padres á hijos, y no compran á ninguno que esté en servidumbre en otras naciones. De esta suerte ciegan los tres manantiales de esclavitud que son la guerra, el nacimiento y la venta. ¿Á quiénes, pues, tienen por esclavos? Á los que han sido condenados á ello por algún delito, sea que este castigo se les haya impues-